

3060051

Agramonte, hombre del 68

Hace hoy cien años que nació Ignacio Agramonte y Loynaz, una de las figuras más gallardas de nuestra epopeya libertadora. Camagüey, tierra en que vió la luz por primera y última vez y cuyas llanuras sirvieron de escenario a sus proezas militares, ha organizado importantes actos para conmemorar este centenario. El DIARIO DE LA MARINA se ha incorporado a estos festejos insertando artículos sobre la vida y la significación histórica del glorioso adalid, calzados con las firmas de sus más distinguidos redactores y colaboradores.

Agramonte, como Martí, fué hombre de vida corta, pero vivida intensamente, como si hubiera querido compensar la brevedad de su paso por el mundo con la profunda huella dejada en la historia. Cuando Agramonte se incorpora a la revolución iniciada por Carlos Manuel de Céspedes, uniéndose a un grupo de rebeldes en el paradero de Minas y en íntima conexión con el Marqués de Santa Lucía, encargado de organizar el levantamiento en la región camagüeyana, tiene poco más de 26 años de edad. Cuando muere el 19 de mayo de 1873 en Jimaguayú, peleando como un bravo, espada en alto, sobre su caballo «Ballestilla», no había cumplido los 32 años. Pero en tan rápida carrera vence al tiempo con su cerebro y con su brazo y se abre camino a la inmortalidad.

Agramonte fué una figura arquetípica de la Guerra de los Diez Años. Conviene señalar este hecho en estos momentos en que todavía está reciente el desdén, el menosprecio, con que desde una tribuna oficial, llamada a más levantados empeños, cierto oscuro orador sectario y demagogo se refirió, en términos generales, a los «hombres del 68», exceptuando sólo a uno de ellos: a Maceo. Hablar con tanta mala pasión y pueril ligereza sobre las gloriosas figuras que iniciaron el movimiento de Yara, a título de que muchas de ellas eran personas pudientes, nacidas en hogares acomodados, revela una de estas dos cosas: un desconocimiento cabal de la época y de la hazaña realizada por aquellos patriotas o un malévol propósito de interpretar caprichosamente, con fines políticos, la historia de nuestras luchas por la independencia, con el ánimo de fomentar profundas y trágicas divisiones de la actual sociedad cubana.

Agramonte perteneció, en efecto, a una familia de noble abolengo camagüeyano. Por las dos ramas, la paterna de los Agramonte y la materna de los Loynaz, era lo que se llama un «hombre de linaje». De él no tuvo que abjurar, como hombre bien nacido que era, para lanzarse a la magna y luchar heroicamente por la independencia de su pueblo. Lo mismo había hecho Céspedes en La Demajagua, al abandonar su hacienda y libertar a sus esclavos, para tomar el camino que sus convicciones, su deber y su patriotismo le señalaban. Idéntica conducta había sido la de Salvador Cisneros Betancourt, cuyo título de Marqués, ganado por sus ascendientes, no fué óbice para que se sublevase contra la metrópoli, anteponiendo a toda prerrogativa familiar el privilegio imponderable de pelear por la independencia de su tierra. Y el propio Maceo ¿no era hijo de campesinos acomodados? ¿No cambió la «dorada medianía» de su sitio, su vida tranquila de labrador con cierta holgura económica, por la existencia difícil, azarosa, dramática del mambi?

Esa fué, precisamente, una de las características de la Guerra de los Diez Años. Fué un movimiento iniciado principalmente por la clase representativa del campo y de la ciudad, por terratenientes, hacendados, sitieros, profesionales y hasta clérigos; pero al cual se incorporaron todas las clases sociales, dándole el carácter integral que tuvo y en virtud del cual sirvió de crisol magnífico de nuestra conciencia de nacionalidad. La guerra decisiva del 95 fué posible porque ya en la etapa del 68 al 78 se había forjado en el pueblo cubano el espíritu de nación, indispensable para romper de manera definitiva con la corona de España, para no aceptar como buena ninguna de las tardías transacciones que el Gobierno español se cansó vanamente de proponer.

Por alcanzar la independencia los hombres del 68, transidos del ideal de las revoluciones americana y francesa, no vacilaron en sacrificar sus propias riquezas, en destruir su economía, en incendiar campos y ciudades, con un gesto numantino muy característico de los espíritus románticos, enamorados de la libertad. Censurar o menospreciar esto, querer restarle valor porque no se amoldó a los principios de cierto materialismo, es una injusticia y una mezquindad que no queremos calificar.

Ese halo de romanticismo envuelve la figura bizarra del Mayor General Ignacio Agramonte, cerebro y brazo a un tiempo de la Guerra de los Diez Años, pues si en el orden militar realizó hazañas del calibre del rescate de Sanguily, en el orden político fué, con Antonio Zambrana, redactor del proyecto de Constitución acordado en Guáimaro, secretario de la Cámara de Representantes en que delegó sus poderes aquella Constituyente y el hombre que más vigorosamente luchó, con la palabra y con el ejemplo, por el triunfo de las ideas y prácticas democráticas bajo la República en armas.

De juez de paz a rayo de la guerra: tal fué la trayectoria fulminante de aquel joven abogado camagüeyano, hombre del 68, cuya existencia de tribuno y de guerrero, de héroe y de mártir, se actualiza en el centenario, por esa maravillosa fuerza plástica que tiene el recuerdo, sobre todo cuando lo asisten el fervor y la veneración populares.

M. J. die 23/4

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA